



"Un clamor de ha oído en Ramá llanto y lamento grande es Raquel que llora a sus hijos, y no se quiere consolar, pues ya no existen". (Jer 31,15; Mt 2,18)

"Día de

de violencia creciente e impune, denunciado acuciosamente a las autoridades que lo podían haber frenado, con anterioridad a este indignante desenlace.

Son tantas las circunstancias agravantes que hacen de este doloroso acontecimiento un verdadero crimen contra la humanidad.

El hecho de que el ataque fuera perpetrado por hombres adultos, armados, contra un grupo mayoritariamente de mujeres y niños desarmados.

El hecho de que este grupo victi-

mado "Las Abejas" sea precisamente un grupo que ha hecho profesión a los cuatro vientos y desde hace mucho tiempo de su opción por los medios civiles pacíficos y no violentos para la consecución de sus demandas, aún cuando viven y trabajan en el corazón de una zona donde la violencia se ha enseñoreado.

El hecho de que las víctimas fueran un grupo de personas recientemente hostigadas hasta el punto de ser obligadas a abandonar sus casas y poblaciones, pues en Acteal se encontraban ya en calidad de desplazados.

El hecho de que el ataque se haya verificado precisamente en un momento en que estaban reunidos en la ermita del poblado, orando por la Paz; y seguramente, orando por quienes les perseguían. Conocemos que tal es la calidad cristiana de esos hermanos y hermanas. ¡Qué horrible paradoja que el mismo día que los diarios anunciaban que en la Zona norte del estado, y gracias a las instancias y gestiones del señor Nuncio Apostólico, pudieron ser abiertas algunas ermitas que habían estado cerradas y ocupadas por grupos armados de civiles y de policías de seguridad pública; en este mismo día, en una ermita de la zona de los altos hayan sido masacrados todos estos cristianos! En el espacio de lo sagrado irrumpe la violencia. ¡Y para este pueblo tan hondamente religioso! Toda la tradición judeocristiana secular, de que los

A todo el Pueblo de Dios que peregrina en nuestra sufrida Diócesis de San Cristóbal de las Casas.

A todos/as nuestros/as hermanos/as Agentes de Pastoral.

Por si acaso hubiéramos olvidado que la verdadera Navidad se da en un contexto trágico de opresión u dominio (Lc 2,1-2); de inseguridad y puertas cerradas (Lc 2,6-7); de persecución y exilio (Mt 2, 13-15); y de aún de verdadero genocidio (Mt 2, 16-18); los acontecimientos de estos días en Chenalhó nos lo vienen a recordar.

La dicha más grande que el mundo ha conocido: en nacimiento de nuestra carne del Verbo de Dios, aconteció en el marco doloroso del mayor sufrimiento. La luz verdadera irrumpe en medio de la más densa niebla.

La navidad de este año es para el pueblo cristiano de nuestra Diócesis, de nuestro estado y del país entero, una navidad luctuosa.

No sólo es ignominioso el número comprobado, hasta el día de hoy, de muertos (45) y de heridos (25), muchos de ellos menores de edad, sino sobre todo el clima

Diiciembre de 1997, días antes de la Navidad, fueron muertos mujeres, niños y hombres que se encontraban orando. Fue en Acteal, Chiapas. Esta es la Carta Pastoral enviada por Mons. Samuel Ruiz a las comunidades

en la Esperanza"

templos son "Santuario" para los perseguidos (Dt 19), ha sido aquí pisoteada.

El hecho de que hoy, a muy temprana hora, las autoridades del estado hayan ordenado recoger todos los cadáveres, quizás con argumentos jurídicos o sanitarios funcionales (podrán hablar de la necesidad de practicar autopsia o evitar una peste), viene a convertirse en un agravio más, y no menor, a los sobrevivientes de la masacre. Ellos han venido hasta nosotros, suplicantes: ¡Queremos enterrar a nuestros muertos! ¡No dejen que se los lleven! Quien conoce el alma indígena sabe hasta qué punto es existencialmente indispensable hacer el duelo, llorar a los muertos. ¿Será que hasta ese consuelo les va a ser arrebatado?

Cuánto trabajo nos cuesta, en este momento, decir "Feliz Navidad". A nuestra sensibilidad humana, nos parece que el niño nace muerto.

Sólo por la fe y con ayuda de la revelación podemos comprender que así es la Navidad verdadera. Esta, y no la de la sociedad de consumo, es la que permite entender a fondo el misterio de la Encarnación. Aquí en Chiapas, algo nuevo está naciendo, y no concluirá el parto sin estas dosis estrujantes de dolor (Cfr. Jn 16,21-23; Rm 8, 18.27).

Por otra parte, es precisamente cuando se llega a estos límites de irracionalidad cuando la esperanza de que se abran nuevos caminos de convivencia fraterna brota con fuerza de muchos corazones que antes vivían aletargados, por eso es la Esperanza la virtud teologal que ilumina este tiempo navideño.

Herodes quiso -¡pero no pudo!- acabar con la criatura. Hoy tampoco lo logrará, aunque tantos inocentes tengan que fecundar con su sangre este suelo duro y árido.

Pedimos, exhortamos vehementemente,

suplicamos a Nombre del Dios de la Paz a aquellos que han perpetrado este crimen, a que busquen paz con Dios y con su conciencia, deponiendo, más que sólo las armas, la actitud gratuita de odio y violencia, sea esta inducida, impuesta o decidida.

A nuestros/as queridos/as hermanos/as Tzotziles de San Pedro Chenalhó les queremos decir que les acompañamos en la Navidad más triste de nuestra vida, y que oramos al Padre de Jesús para que se mantengan en la fidelidad al Sermón de la montaña y su corazón no sucumba a la explicable tentación del odio y la venganza. ¡Hagan honor a las convicciones que animaron a las víctimas y animan a sus sobrevivientes!.

A las parroquias y misiones todas de nuestra Diócesis, Don Raúl, actualmente en Roma, y yo, les exhortamos a que declaren esta navidad del '97 como "Día de duelo en la Esperanza", y encuentren, con sus comunidades, las formas adecuadas de dar ese tinte a la celebración del nacimiento del Señor, tanto en lo que se refiere a expresión litúrgica como a decisiones que puedan acordar en orden al apoyo y solidaridad con las víctimas de la masacre.

A todos los hombres y mujeres de buena voluntad que, de manera personal o agrupados en instancias de solidaridad, tanto en México como del extranjero, han hecho llegar su palabra de apoyo a estas comunidades o bien su protesta y denuncia a las autoridades correspondientes, les damos nuestro más sincero agradecimiento.

El Señor Dios de los cielos y tierra, que envió a su hijo para que, asumiendo nuestra humanidad, se inmolará por nuestra salvación y nos trajera su paz, nos bendiga a todos.

+ Mons. Samuel Ruiz García
Obispo de la Diócesis de San Cristóbal
de las Casas.